

LA PRISIÓN DE LOS ESPEJOS

Rafael Martín Masot



Ediciones Baile del Sol



Apdo. Correos, 133. 38280 Tegueste. Tenerife. ISLAS CANARIAS
<http://www.bailelsol.org> - E-Mail: bailesol@idecnet.com

*Para Sonia López Maestro,
porque no todos los sueños se olvidan cuando llega el alba.*

Cuando las lágrimas de Ra cayeron al suelo se transformaron en abejas, y las gotas de agua salada comenzaron a robar las esencias de las flores, para guardarlas en sus prisiones de cera. El espacio existente entre los panales era de unos siete milímetros, pero los faraones no entendieron la importancia de aquellas breves distancias, se afanaban en levantar pirámides de piedra que tuvieran orientadas sus cuatro paredes a los cuatro puntos cardinales con la mayor precisión posible. La miel y la vida habitaban en unos mundos insignificantes, en tanto que la quimera de llegar al paraíso de los dioses intentaba acercarse a las nubes, sin que nadie quisiera darse cuenta de que, por muy arriba que estuviera situada la cúspide, las piedras de abajo siempre estarían a ras del suelo, asentadas sobre el lugar en el que ya no estaban las lágrimas que antes había llorado el dios Sol.

Rafael Martín Masot,
Granada - 2007

No le contestó de inmediato. Afirmaba a menudo que era importante no romper antes de tiempo algunos silencios.

—Ahí tiene la mejor solución para todos sus problemas —aseguró, tras levantarse del sillón y apartar la cortina. Abrió la ventana a renglón seguido, sin prisas.

—Mala semana de frío la que llevamos, doctor. Imagínese en otros lugares. En Barcelona nos quejamos del calor húmedo de los veranos, y con razón, pero no me gustaría a mí estar este mes de enero en, ¡qué se yo!, en Soria, por ejemplo. Vivir en una ciudad costera también tiene sus ventajas.

Marc Viadiu continuaba de espaldas, con la vista clavada en la calle, ajeno al paso ajetreado de vehículos y transeúntes, que componían un caos armónico, como si todas las distancias hubiesen sido premeditadas y estuvieran medidas milimétricamente. Algún que otro mínimo roce entre los cuerpos, el frenazo de un coche en el instante preciso. La vida de las hormigas humanas se podía apreciar con nitidez desde la ventana situada en la quinta planta, pero Marc Viadiu continuaba con la vista perdida en las mismas losas de la estrecha acera de enfrente.

Se giró, prendió un cigarrillo y le dio una calada profunda, necesitaba inundar de humo sus pulmones.

El paciente le miraba de reojo, sin atreverse a interrumpir su silencio, estaba tenso, desconcertado, más aún al presenciar cómo el titular del gabinete infringía la ley antibacoco, que había entrado en vigor el año anterior. Puso mala cara cuando un golpe de la pequeña corriente de aire que entraba por la ventana llevó a su nariz el olor a tabaco quemado, no se consideraba una persona intransigente ni le molestaba el humo de un cigarrillo, aunque hacía más de diez años que él no fumaba, pero le pareció una

falta de buena educación que Marc Viadiu no le hubiese pedido permiso antes de encenderlo.

—Venga aquí y arrójese por la ventana, morirá en el acto. No sufrirá prácticamente nada, creo —insistió el psicólogo en tono muy serio.

—No sé qué me quiere decir —afirmó titubeante.

—¡Sí, hombre, no se haga el tonto, claro que me comprende! —Aseguró Marc Viadiu con cierto descaro y bastante grosería—. Lleva usted aquí más de una hora, contándome que no tiene ganas de vivir.

El crudo frío del exterior se había tragado la calidez que antes llenaba la habitación, pero el paciente tenía las carnes abochornadas, aflojó el nudo de su corbata, carraspeó y secó su frente con un pañuelo de papel.

Ninguno de los dos advertía los variopintos ruidos anónimos que llegaban de la calle, era el rugir de Barcelona a media mañana de un día laborable, criticado centenares y miles de veces por sus habitantes, pero al que muchos de ellos echaban de menos en periodos vacacionales, o quizás lo que les faltara cuando se alejaban durante unos días de la ciudad eran sus existencias de hormigas de asfalto.

—Es una técnica nueva, ¿verdad? —Afirmó más relajado, después de unos instantes de duda. Marc Viadiu le dirigió una sonrisa mediana, socarrona, convencido de que el paciente no había advertido que su consejo no era ninguna treta—. Tenían razón quienes me aseguraron que era usted un magnífico psicólogo... Bueno me tengo que ir, ¿le pago a usted o a la señorita?

—A Gemma, páguele a ella —indicó apático mientras le estrechaba la mano.

—¿Y la próxima cita, para cuándo?... Me vendría bien que fuese...

—Sí, dígaselo.

«Otro estúpido» —pensó Marc Viadiu mientras cerraba la puerta. Se sentó, apagó la colilla del cigarrillo en un cenicero de cristal, que había sacado de uno de los cajones de la mesa, y estiró las piernas sobre ella antes de descolgar el teléfono.

—¡Gemma, puedes irte!

—Pero, está en la sala de espera la señora...

—Ponle cualquier excusa y cítala para otro día.

—No sé, Marc, ya sabes el carácter que tiene. ¿Te ocurre algo?

La secretaria estaba extrañada. Llevaba trabajando doce años y unos meses para Marc Viadiu Navarro, y ésta sería la primera ocasión en la que su jefe no atendiese a un paciente que tuviera citado.

—No, nada.

—¿Seguro que estás bien? —Insistió, al apreciar el desánimo con el que hablaba el psicólogo.

—¡Sí, de verdad! No te preocupes, me encuentro perfectamente.

—Le puedo hacer un hueco para esta tarde. Podrías atenderla a las seis y media o a las...

—Está bien. Vamos, márchate —dijo con contundencia, pero de manera agradable.

Gemma Figueroa miró la hora que aparecía en la pantalla del ordenador mientras lo desconectaba, y un gesto de turbación apareció en su rostro. Sus horarios de trabajo eran poco rígidos, pero apenas eran las doce y cuarto. Le vinieron a la memoria de repente algunos comportamientos que había tenido su jefe en los últimos días. «Seguro que tiene un lío. ¡Malditos hombres, es lo único que tienen en la cabeza!» —Pensó.

—Adiós, Marc. Ya se me ocurrirá algo que decirle a esta cascarrabias. Creo que viene para acá —susurró al oír los pasos de la paciente—. ¡Que te diviertas! —Añadió con un tono de voz cómplice.

Marc Viadiu encendió otro cigarrillo, al mismo tiempo que colgaba el teléfono. Paseaba la mirada por toda la habitación despacio, muy despacio. La detuvo durante un par de minutos en uno de los portarretratos situados en el mueble librería.

—Perdóname, madre, por lo que voy a hacer —musitó, sin apartar los ojos de la fotografía en blanco y negro que contemplaba.

Puso los pies en el suelo, apagó el cigarrillo tras darle un par de caladas seguidas, abrió uno de los cajones de la mesa que tenía delante, desenvolvió unos papeles y sacó de ellos una pistola bastante deslustrada.

—*Alea jacta est* —sonrió, como siempre que pronunciaba esta frase. Era la única que recordaba en latín, su contundencia y bre-

vedad le atrajeron desde el momento en el que se la enseñaron en el instituto. Hacía uso de ella desde entonces cada vez que se disponía a ejecutar una decisión que considerara muy trascendente. «Sí, la suerte está echada».

La manera torpe en la que sujetaba la pistola daba cuenta a las claras de que Marc Viadiu no estaba acostumbrado a tener en sus manos un arma de fuego. Se la había entregado uno de sus antiguos pacientes el jueves de la semana pasada, un delincuente habitual a quien ayudó a desengancharse de la heroína, y antes sólo la había sacado en dos ocasiones de los papeles de periódico que la envolvían. El vendedor le había asegurado que estaba en perfectas condiciones, con el cargador repleto de balas, dispuesta para ser disparada.

Dejó a un lado las dudas, cerró los ojos e inspiró lentamente por la nariz durante unos segundos.

—*Alea jacta est*—repitió alicaído.

Se puso en pie, fue hacia el perchero de madera que había en un rincón del despacho, introdujo la pistola en un bolsillo del abrigo, apartó tres libros de la estantería y abrió la pequeña caja fuerte que había detrás de ellos. Sacó un fajo de billetes y lo metió en la chaqueta de pana que había junto al abrigo. Palpó con la mano izquierda dentro de uno de los bolsillos exteriores del abrigo antes de ponerse las dos prendas.

—¡Buenos días, señor Marc! —Saludó efusivo el portero del edificio al verle salir del ascensor.

—¡Buenos días! —Dijo sonriente el psicólogo—. ¿Qué tal lleva la mañana?

—Muy bien.

—¿Me haría un favor?

—¡Lo que usted mande! —Se apresuró a contestarle.

—Esta carta contiene unos documentos muy importantes —explicaba con parsimonia, trascendente, a la vez que le entregaba un sobre tamaño folio bastante abultado. El empleado de la comunidad de vecinos escuchaba muy atento—. Si yo no se la pido antes de pasado mañana, mándela por correo, los sellos ya se los he puesto yo.

—Pasado mañana.

—Eso es, pero no antes.

—Sí, descuide.

El portero hizo ademán de rehusar, sin demasiada convicción, el billete de veinte euros que le entregaba el psicólogo.

—¡Muchas gracias, señor Marc! —Dijo con entusiasmo—. Pasado mañana, a no ser que usted me la pida antes.

Marc Viadiu era el propietario más reciente de aquel edificio en la calle Aragón, hacía menos de un año que había instalado allí su gabinete. Sin embargo, era quien mantenía un trato más cordial con el portero. En algunas ocasiones, recriminaba cariñosamente al empleado ciertos gestos serviles que exteriorizaba. «No sea tonto, quienes tenemos un piso aquí somos unos pringaos tan pringaos como usted, quizás más; aparte de que nadie es más que nadie» —le dijo un par de meses después de conocerle—. «Sí, pero la mayoría de los que viven en este edificio son muy, pero

que muy señores» —contestó con retintín—. «Eso pasa en casi todos los sitios, las mariposas olvidan que la mayor parte de su vida sólo son gusanos».

Se detuvo delante del portal y observó los vehículos que pasaban. Se dispuso a levantar el brazo al ver que se aproximaba un taxi, pero desistió. «Lo cogeré un par de calles más allá» —decidió.

A Marc Viadiu le gustaba pasear por las calles de Barcelona. Cuando era niño quedaba fascinado por la grandiosa mole de edificios que se extendía hasta las orillas del mar. Eran muy pocas entonces las ocasiones en las que iba a la capital, apenas salía de Sant Boi de Llobregat. Sus dos breves estancias con motivo de los viajes que hizo a las tierras del Sur, donde nació la madre, las tenía clavadas en la memoria con un sinfín de detalles, y las recordaba con frecuencia, más a menudo cuanto mayor se hacía. El bullicio de la estación de ferrocarril tenía en sus recuerdos olores y sabores a tortilla de patatas con cebolla y a bocadillos de mortadela, sonrisas y lágrimas de encuentros y despedidas, imágenes de personas que él creía que eran de todas las partes del planeta, a quienes contemplaba embobado, escuchaba boquiabierto las palabras que decían en unos extraños idiomas. Y todo ello no era más que una pequeña parte de una ciudad que, para sus ojos de niño, parecía no tener fin.

Paró un taxi al llegar a la avenida de Cataluña, y le indicó al conductor la dirección de una casa del Barrio de Pedralbes.

El taxista intentó entablar una conversación trivial varias veces durante el recorrido, pero Marc Viadiu estaba ensimismado.